

Manifiesto Manuela Bolívar

¿Quiénes son del Caracas? ¿Quiénes son del Magallanes? ¿Tiburones? ¿De los tigres? ¿Y los Cardenales? ¿Las Águilas del Zulia? ¿No estamos todos aquí? ¿No estamos todos juntos? En este estadio, símbolo de encuentro, año tras año, los fanáticos de los equipos se abrazan en la gran fiesta del deporte. Así como hoy nosotros, los jóvenes, pretendemos ser símbolos del encuentro nacional. ¿No somos todos venezolanos? ¿No es ésta nuestra bandera?

(Pausa)

En mis manos sostengo la única bandera que acompaña a este movimiento estudiantil: la de Venezuela. Y digo la única, porque la bandera de la democracia, la bandera de la libertad, la bandera de la igualdad, la bandera de la diversidad son todas, a su vez, esta misma bandera. La que nos regalaron los estudiantes en la Asamblea Nacional y la que hoy llevamos con nosotros, es desde ya un símbolo de reconciliación nacional.

Los jóvenes de Venezuela creemos en el encuentro como una posibilidad para el reconocimiento y para el diálogo. Durante los últimos años, hemos vivido confrontados y el triste resultado es que tenemos dos Venezuelas: ambas incompletas. Les pregunto, ¿desde cuándo los venezolanos no decimos **nosotros**? Quizás no hemos reconocido que éste no es un país para la distinción entre “unos” y “otros” porque **todos**, por igual, somos venezolanos. Los jóvenes queremos ciudades sin “estes” ni “oestes”. Nos negamos a un país en el que lo público o lo privado nos hagan más o menos venezolanos; queremos que el negro, el indio y el blanco se reúnan en lo mestizo, porque todos aquí somos “café con leche”. Deseamos un país en el que el único uniforme sea la libertad.

En definitiva, nos negamos a un país que nos obligue a decidir entre el socialismo y la muerte cuando millones de venezolanos, simplemente, queremos vivir y vivir en libertad.

Hoy, hemos decidido construir un testimonio de reconciliación. No sólo desde las calles, sino también desde la cercanía y la calidez del hogar. Les pregunto, señores, ¿en cuántos cumpleaños, bautizos, parrillas, encuentros las familias venezolanas han tenido que privarse de hablar del país por miedo a que las diferencias políticas terminen con la fiesta? ¿Cuántos familiares y amigos no se hablan desde hace años simplemente porque tienen una opinión diferente?

Otras experiencias han sido ejemplo edificante de que la unión es posible. Mi propia historia me ha enseñado que el amor entre un padre y su hija es siempre más poderoso que el mismo poder.

Me ha enseñado que es válido pensar distinto; que dos personas con diferentes ideas pueden compartir la misma mesa, el mismo futuro, el mismo apellido.

Me ha enseñado a convivir con las diferencias y a pesar de las diferencias.

Yo... Manuela Bolívar... he aprendido de Didalco, mi padre, el respeto, la comunicación y la comprensión. Y si estos valores han hecho posible el encuentro de una familia, me atrevo a apostar que, de la misma manera, harán posible el encuentro de un país.

Así como yo, muchos de nosotros podrán contar aquí sus propias historias. Todas son testimonio de una generación que cree que es imposible que existan la libertad y la igualdad sin la fraternidad.

Este estadio se hace testigo del manifiesto pacifista de una juventud venezolana que hoy extiende sus manos blancas hacia la reconciliación de todos los venezolanos.

¡Levantemos las manos! Con ellas, nos enlazaremos para unir esas dos Venezuelas en una sola.

Estas mismas manos blancas seguirán escribiendo nuestra propia historia.